

# ÍNDICE

Agradecimientos .....	7
Prólogo a la edición en castellano .....	9
Prólogos .....	13
de Herman E. Daly .....	13
de Bill McKibben .....	15
de Mary Robinson .....	17
de Pavan Sukhdev .....	19
1. La prosperidad perdida .....	23
2. La era de la irresponsabilidad .....	41
3. Redefinir la prosperidad .....	61
4. El dilema del crecimiento .....	75
5. El mito de la desvinculación .....	93
6. La «jaula de hierro» del consumismo .....	117
7. Keynesianismo y «New Deal Verde» .....	135
8. Macroeconomía ecológica .....	155
9. Florecimiento – Dentro de ciertos límites .....	179
10. Gobernanza para la prosperidad .....	195
11. La transición a una economía sostenible .....	209
12. Una prosperidad duradera .....	225
Apéndice 1. El proyecto de la CDS para la redefinición de la prosperidad .....	245
Apéndice 2. Hacia una macroeconomía ecológica .....	249
Bibliografía .....	257



## Agradecimientos

En gran medida, este libro se basa en un informe escrito en mi condición de comisario de Economía para la Comisión de Desarrollo Sostenible (SDC, 2009a). Dicho informe fue redactado por invitación personal del anterior director de la Comisión, Jonathon Porritt. Fue el mismo Jonathon quien aportó el impulso inicial para que la Comisión se involucrase en esta área, además de brindarme durante muchos años su apoyo incondicional. Por todo ello, le estoy profundamente agradecido.

El libro es también una consecuencia inevitable de mi papel como director de Grupo de Investigaciones sobre Estilos de Vida, Valores y Medio Ambiente (RESOLVE, por sus siglas en inglés) de la Universidad de Surrey, donde tengo la suerte de trabajar con un entusiasta equipo centrado en explorar en áreas que son de enorme relevancia para esta investigación. Sus hallazgos constituyen parte de la base de evidencias sobre las que este libro se fundamenta y les estoy tan agradecido por su permanente camaradería intelectual como lo estoy por el apoyo financiero del Consejo de Investigaciones Económicas y Sociales (Subvención N° RES-152-25-1004). Un especial agradecimiento a Gemma Cook, la coordinadora administrativa de RESOLVE, que estuvo a la altura del desafío de gestionar, con inquebrantable cortesía y buen humor, el cada vez mayor volumen de trabajo generado por la redacción de este libro.

Pese a haber sido escrito como una monografía, este estudio se basa en una vasta base de recursos. Obviamente, buena parte tiene su origen en la labor realizada por la SDC, particularmente el programa de trabajo sobre *Redefinir la Prosperidad* (ver Apéndice 1) que dirigí para la Comisión durante los pasados cinco años. A lo largo de ese período, mis anteriores

y actuales compañeros —Jan Bebbington, Bernie Bulkin, Lindsey Colbourne, Anna Coote, Peter Davies, Stewart Davis, Ann Finlayson, Tess Gill, Alan Knight, Tim Lang, Alice Owen, Anne Power, Hugh Raven, Tim O’Riordan, Waheed Saleem y Becky Willis— han sido generosos con su tiempo, participando en talleres, ofreciendo comentarios críticos y revisando borradores de diversos documentos.

Debo un especial agradecimiento a todos aquellos que contribuyeron directamente en una serie de talleres sobre prosperidad desarrollados entre noviembre de 2007 y abril de 2008. Entre los contribuyentes se cuentan Simone d’Alessandro, Frederic Boudier, Madeleine Bunting, Ian Christie, Herman Daly, Arik Doni, Paul Ekins, Tim Kasser, Miriam Kennet, Guy Liu, Tommaso Luzzati, Jesse Norman, Avner Offer, John O’Neill, Elke Pirgmaier, Tom Prugh, Hilde Rapp, Jonathan Rutherford, Jill Ruther, Zia Sardar, Kate Soper, Steve Sorrell, Nick Spencer, Peter Victor, Derek Wall, David Woodward y Dimitri Zenghelis.

Muchos otros colegas y amigos han colaborado y asesorado en esta empresa, a veces sin siquiera saberlo. Agradecimiento muy especial a Colin Campbell, Mick Common, Brian Davey, Andy Dobson, Angela Druckman, Ian Gough, Bronwyn Hayward, Colin Hines, Fritz Hinterberger, Lester Hunt, Nic Marks, Frances O’Grady, Ronan Palmer, Miriam Pepper, Ann Pettifor, Alison Pridmore, Rita Trattning, Chris Tuppen, John Urry y David Wheat.

Merece una especial mención el secretariado de la SDC, que ayudó a convocar los talleres y a dar a conocer el informe original. Sue Dibb, Sara Eppel, Ian Fenn, Andrew Lee, Andy Long, Rhian Thomas, Jacopo Torriti, Joe Turrent y Kay West fueron una fuente permanente de asesoramiento y apoyo. Tengo una deuda de gratitud con Victor Anderson, cuya experiencia fue indispensable durante todo el proyecto *Redefinir la Prosperidad*.

Finalmente, mi agradecimiento al equipo de Earthscan —en particular a Camille Bramall, Gudrun Freese, Alison Kuznets, Veruschka Selbach y Jonathan Sinclair Wilson— por su paciencia, apoyo y entusiasmo inagotable por el proyecto.

## Prólogo a la edición en castellano

Han transcurrido dos años desde la publicación en inglés de *Prosperity Without Growth*. El libro tuvo su origen en un informe que escribí en mi condición de comisionado de Economía dentro de la Comisión para el Desarrollo Sostenible (del gobierno británico). Puesto que dicha comisión era un ente oficial de asesoramiento, probablemente fue esa la ocasión en que más cerca ha estado un gobierno occidental de cuestionar el paradigma económico dominante de crecimiento económico infinito.

Difícilmente pudo haber llegado en un momento más inconveniente para el equipo gobernante. El informe fue presentado la misma semana de abril de 2009 en que el primer ministro Gordon Brown había convocado a los líderes del G20 en Londres para conversar sobre la ‘reactivación’ del crecimiento económico. ¡Qué sencillo parecía entonces! La crisis sólo tenía unos pocos meses. Todo lo que necesitaba el crecimiento era un firme puntapié en el trasero y las cosas pronto volverían a la normalidad.

En tales circunstancias, la presencia de un informe titulado *¿Prosperidad sin crecimiento?* (aun con el título entre signos de interrogación) era algo profundamente incómodo para el gobierno británico. La respuesta inicial —más allá de alguna reprobación en privado— fue esperar que el problemático informe simplemente desapareciese. Una estrategia que, en un principio, pareció que daría resultado. La presentación despertó escaso interés, tanto entre los políticos como en los medios de comunicación.

Pero luego, muy lentamente, aconteció algo extraño. El informe comenzó a tener un efecto casi vírico. En unas pocas semanas se convirtió en el informe más descargado de todos

los producidos por la Comisión. Cuando en noviembre de 2009 se publicó el libro revisado, había alcanzado una inesperada audiencia dentro de una inusualmente amplia variedad de grupos de interés: lobbies ecologistas, por supuesto, pero también empresarios, activistas contra la pobreza, grupos religiosos, economistas del mundo en desarrollo, sociedades literarias y, quizá lo más extraño del caso, analistas financieros. Los políticos continuaron siendo los más reacios a aceptar cualquier cuestionamiento del paradigma dominante. Pero encontraron que cada vez les resultaba más difícil hacer desaparecer los argumentos.

Otro tanto sucedía con la crisis financiera, que tampoco daba muestras de desaparecer. El primer arrebato de entusiasmo, confiando en que el estímulo del gasto podría evitar que el mundo entrase en recesión, demostró ser excesivamente optimista. Cada vez más, ha ido quedando claro que la crisis financiera no fue el resultado de comportamientos deshonestos o de circunstancias desafortunadas. Era endémica al sistema.

Una economía que depende para su estabilidad de una expansión continua de la demanda de consumo es tanto estructural como ecológicamente frágil. Incrementar la demanda significa aumentar la deuda. Cuando esas deudas se volvieron tóxicas, el sistema se colapsó. Los gobiernos destinaron billones de dólares para rescatar a los bancos y volver a estimular la economía mundial. Pero el gasto fiscal financiado a través de préstamos contraídos por el gobierno sólo sirvió para ahondar aún más la crisis.

Especialmente en la Eurozona, un país tras otro ha ido enfrentando déficits cada vez mayores, una deuda soberana difícil de manejar y una degradación de su solvencia crediticia. Las políticas de austeridad, puestas en práctica para proteger las valoraciones menguantes de las agencias que juzgan la solvencia crediticia, han fracasado a la hora de resolver los problemas económicos subyacentes. Peor aun, han creado nuevos problemas sociales. Los recortes en la inversión social han favorecido la aparición de una opinión pública cada vez más indignada. Las protestas contra las políticas gubernamentales han alcanzado una violencia inusitada en toda Europa. En Londres, durante el pasado mes de agosto, una ola de saqueos desembocó en un caos callejero, con edificios ardiendo fuera de control.

No todos esos disturbios pueden ser atribuidos a la protesta política. Pero el injusto rescate de los arquitectos de la crisis

a expensas de sus víctimas ha quedado en evidencia. Las condiciones para un mayor descontento social son ya palpables. Pese a ello, el mantra de la política oficial continúa siendo el de restablecer el crecimiento a toda costa.

Fue Einstein quien en cierta ocasión afirmó que no podemos resolver los problemas utilizando el mismo modelo de pensamiento que los generó. La importancia de tal afirmación nunca ha sido mayor que en la actualidad. Sin duda la estabilidad económica es importante. Sin duda el empleo es importante. El sustento de la gente es importante. Pero la economía convencional basada en el crecimiento está fracasando en todos estos frentes. Es imprescindible una fundamental reevaluación del modelo económico actual.

*Prosperidad sin crecimiento* no proporciona todas las respuestas a estos complejos problemas. No resuelve todos los problemas estructurales subyacentes a las economías modernas. Tampoco es el único libro que haya analizado críticamente el dilema del crecimiento. Pero su intento de combinar los argumentos y de señalar claras direcciones de viaje sigue siendo tan importante ahora, creo yo, como lo era hace dos años. Tal vez más importante que entonces.

La idea fundamental del libro es que vivir bien en un planeta finito no puede consistir simplemente en consumir cada vez más y más cosas. Como tampoco puede limitarse a acumular cada vez más deudas. La prosperidad, en cualquier sentido significativo del término, tiene que ver con la calidad de nuestras vidas y de nuestras relaciones, con la resiliencia de nuestras comunidades, y con un sentido de propósito individual y colectivo. La prosperidad tiene que ver con la esperanza. Esperanza para el futuro, esperanza para nuestros hijos, esperanza para nosotros mismos. He aquí una tarea que continúa mereciendo nuestro compromiso.

Tim Jackson  
Londres, octubre de 2011



# Prólogos

## Prólogo de Herman E. Daly

El axioma fundamental del crecimiento, rigurosamente establecido por Kenneth Boulding, es que «Cuando algo crece, se hace más grande». Cuando la economía crece, también se hace más grande. Por lo tanto, querido economista, cuando la economía crece, (a) ¿qué es exactamente lo que se hace más grande? (b) ¿cuán grande es ahora? (c) ¿cuán grande puede llegar a ser? (d) ¿cuán grande debería ser? Dado que el crecimiento económico es la mayor prioridad de todas las naciones, se podría esperar que estos interrogantes fuesen tenidos muy en cuenta en los libros de texto de economía. Lo cierto es que (b), (c) y (d) no se plantean en absoluto, y (a) es respondido insatisfactoriamente. *Prosperidad sin crecimiento* contribuye enormemente a llenar este vacío. Teniendo en cuenta el largo palmarés de soporíferas irrelevancias que caracteriza a la economía académica, quizá no debería sorprendernos que este informe tenga un origen gubernamental.

Exactamente ¿qué es el crecimiento? Una cosa es el PIB, el flujo anual a través de los mercados de bienes y servicios finales. Pero también está el *throughput* —el flujo metabólico de materia y energía útiles provenientes del medio ambiente, a través del subsistema económico (producción y consumo), que luego regresan a los sumideros como desechos. Los economistas se han centrado en el PIB y, hasta hace poco, han ignorado el flujo de materiales. Pero este flujo es la magnitud relevante para responder a la pregunta de cuán grande es la economía; concretamente, cuán grande es el flujo metabólico de la economía en relación a los ciclos naturales que regeneran los recursos que ella consume y que absorben sus emisiones, además de propor-

cionar otros innumerables servicios naturales. La respuesta es que el subsistema económico es actualmente muy grande en relación al ecosistema que lo sostiene. ¿Cuán grande puede ser la economía antes de que desborde y destruya al ecosistema en un corto plazo? Aparentemente, hemos decidido hacer un experimento para responder empíricamente a esta pregunta. ¿Cuán grande debería ser la economía, cuál es su magnitud óptima en relación al ecosistema? Si fuésemos verdaderos economistas, detendríamos el crecimiento del flujo de materiales antes de que los costes ambientales y sociales extra que genera sean mayores que los beneficios extra de la producción que obtienen. El PIB no nos ayuda a encontrar este punto, pues está basado en conjuntar tanto los costes como los beneficios dentro de la «actividad económica», en lugar de compararlos al margen. Hay abundante evidencia de que algunos países han sobrepasado esta magnitud óptima, y han entrado en una era de crecimiento no económico o antieconómico que acumula despilfarro a un ritmo mayor del que genera riqueza. Una vez que el crecimiento se torna no económico en el margen, comienza a volvernos más pobres, no más ricos. De ahí que no se pueda seguir apelando a él como algo necesario para combatir la pobreza. En realidad, hace más difícil combatir la pobreza.

A menudo se afirma que la riqueza puede continuar creciendo sin un incremento del flujo de materiales y sus consecuencias: el agotamiento de recursos y la contaminación. Este libro cuestiona muy bien semejante exageración bajo el encabezamiento de «desvinculación absoluta y relativa». Pero supongamos, en contra de la experiencia, que la desvinculación absoluta del PIB respecto al flujo de materiales se volviese posible gracias a la tecnología. ¿No habría entonces más razones para limitar dicho flujo, puesto que aparentemente ya no sería necesario para generar riqueza, aunque sin duda continuaría siendo ecológicamente costoso? Rescatar a la economía del crecimiento apelando a un PIB «incorpóreo» o «angelizado» es una manera implícita de rendirse al argumento que Jackson tan contundentemente desarrolla aquí.

Pero mejor me detengo aquí. Mi intención era sólo estimular el apetito del lector por este importante estudio, no la de resumirlo.

HERMAN E. DALY

*Profesor, Universidad de Maryland, Escuela de Política Pública*

## Prólogo de Bill McKibben

Los hechizos son difíciles de romper, especialmente cuando llevas mucho tiempo bajo uno de ellos; cualquier lector de cuentos de hadas lo sabe muy bien. Y es mucho peor si no han comenzado como cuentos de hadas.

Durante un par de cientos de años, el crecimiento económico fue realmente hechizante. Traía aparejados algunos problemas, sin duda, pero estos eran contrarrestados por los continuados avances en otras muchas áreas, no sólo en longevidad, sino también en oportunidad. El hechizo amenazó quebrarse a fines de la década de 1960 y comienzos de la siguiente; a partir de que Rachel Carson le quitara a la modernidad parte de su fulgor, los ecologistas y los economistas comenzaron a producir una serie de penetrantes análisis, entre los que destacan *Los límites del crecimiento*, por un equipo del MIT, y *Lo pequeño es hermoso*, por E. F. Schumacher. Estos libros fueron suficientemente influyentes como para que, a fines de la década de 1970, las encuestas demostrasen que los estadounidenses estaban divididos por igual en lo concerniente a si era deseable más crecimiento.

Pero el hechizo obtuvo un nuevo impulso con la llegada de Ronald Reagan y Margaret Thatcher y el boom que vino con ellos; un boom caracterizado por profundas desigualdades, pero boom al fin. «No hay alternativa», acostumbraba sentenciar la señora Thatcher; algo que, de ser cierto, sería muy mala noticia. Porque hoy comenzamos a sospechar que nuestra incesante expansión económica está causando tales problemas que hacen que *Primavera silenciosa* (de Rachel Carson) parezca un cuento de hadas. Sin duda, el calentamiento global está amenazando los fundamentos de nuestra civilización, y es causado, muy directamente, por el continuo crecimiento de las economías materiales.

De algún modo, parte de este crecimiento es todavía necesario; casi todo el mundo subdesarrollado necesita más crecimiento. Pero el mundo hiperdesarrollado, claramente, necesita menos, y no sólo por razones ecológicas. En años recientes, un estudio tras otro han demostrado que la relación entre más cosas y más felicidad ya no existe; que el crecimiento económico tiende a producir cada vez más aislamiento (esos enormes castillos suburbanos) y más desconexión.

Por todo ello, nunca ha sido más oportuno un libro tan serio y lúcido como este, que describe lo que sabemos en términos

claros; uno estaría tentado a decir «en términos tan claros que hasta un economista podría entenderlos». Pero no estoy tan seguro; los economistas se juegan demasiado en ello y serán los últimos en romper el hechizo. Razón por la cual es mejor que el resto de nosotros preste mucha atención a lo que aquí se dice.

BILL MCKIBBEN  
Autor de *Deep Economy*

## Prólogo de Mary Robinson

El 10 de diciembre de 2008, el mundo celebró el 60° aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Esta primera declaración internacional sobre la inherente dignidad e igualdad de derechos de todos los seres humanos, elaborada después de dos guerras mundiales y del Holocausto, sigue siendo uno de los logros más avanzados en la historia de la humanidad. Durante las pasadas seis décadas, la Declaración Universal ha sido fuente de inspiración para millones de personas de todo el mundo en su lucha por la igualdad y la justicia, y ha establecido un «parámetro común de logros» con el que medir el progreso de las naciones.

Lamentablemente, los derechos asentados en la Declaración Universal continúan siendo ignorados en muchos países del mundo. Esto es especialmente así en lo concerniente a la protección de los derechos económicos y sociales. Más allá de logros notables, el mundo de hoy sigue ofreciendo enormes contrastes. En una época de prosperidad sin precedentes para algunos, 54 países son hoy más pobres de lo que eran hace una década. A escala mundial, la cifra de personas que viven en la pobreza crónica y en la inseguridad cotidiana no ha variado en más de diez años, y son las mujeres y los niños quienes desproporcionadamente padecen más esta situación.

Quizá lo más extraordinario de todo sea que seis décadas de crecimiento económico —y una economía mundial que es más de cinco veces mayor de lo que era en 1948— no han traído consigo un progreso equivalente en lo relativo a satisfacer los derechos humanos básicos a una alimentación adecuada, acceso a la atención sanitaria y a la educación, o a puestos de trabajo decentes. Más aún, para algunos esta situación ha empeorado.

En un mundo con 6.700 millones de habitantes, 4.000 millones continúan viviendo sin derechos básicos. A mediados de este siglo, cuando se calcula que la población habrá alcanzado los 9.000 millones, si la distribución de la riqueza en el planeta sigue siendo tan desigual, mucha más gente se verá empobrecida.

En este provocador y oportuno libro, Tim Jackson se pregunta qué significa la prosperidad en un mundo como este, y si el crecimiento económico puede ser la única base para alcanzar dicha prosperidad. Nadie niega que el desarrollo económico sea

esencial para facilitar el acceso a los derechos básicos en las naciones más pobres, pero la contribución fundamental de Jackson en este libro es su cuestionamiento de que el continuado crecimiento del consumo, sin una mayor atención a la equidad y a la sostenibilidad, vaya a lograr la prosperidad para todos. Básicamente, el tema central de este libro es la justicia social.

Jackson nos invita a trascender las habituales concepciones del progreso social y afrontar los desafíos económicos del futuro. Algunos de estos son desafíos antiguos: cómo asegurar el derecho de todos a un nivel de vida decente, a la vivienda, la salud, la nutrición, el empleo, la familia y la seguridad económica. Otros son menos conocidos, pero tan urgentes como los antes mencionados. Las amenazas de cambio climático, de la rápida deforestación, de la creciente escasez de agua, alimentos y combustibles, por ejemplo; todos ellos representan amenazas inminentes para la supervivencia de los habitantes del planeta. Además, inevitablemente, serán los más pobres y vulnerables quienes más sufrirán las consecuencias.

¿Qué significa la prosperidad en un mundo de 9.000 millones de personas que vivirán bajo la amenaza del cambio climático y de la escasez de recursos? Una cosa es absolutamente clara: no puede significar más *business as usual*; no puede significar más de lo mismo. Aun en el caso de que la reciente crisis económica mundial «desaparezca», el criterio de que los sistemas económicos y políticos que hoy tenemos puedan resolver los problemas del mañana no parece muy convincente.

Los derechos humanos y la prosperidad están íntimamente relacionados. La Declaración Universal continúa siendo un modelo fundamental para acceder a una prosperidad significativa. Si pretendemos concretar esta promesa, es absolutamente esencial una nueva economía acorde con tal finalidad. Espero que las importantes ideas contenidas en este libro contribuyan a esta tarea.

MARY ROBINSON

*Presidenta de Realizing Rights:*

*The Ethical Globalization Initiative*

*Alta Comisionada de NNUU para los Derechos Humanos*

*(1997-2002)*

*Presidenta de Irlanda (1990-1997)*

## Prólogo de Pavan Sukhdev

Los economistas clásicos, incluso Adam Smith, establecieron los marcos de nuestro pensamiento económico en un mundo en el que el capital y el comercio mundial se medían en millones, no en billones de dólares. Pero eso fue hace más de dos siglos. La tierra era abundante, la mano de obra era barata, la energía no era un factor esencial de la producción y el factor escaso en la producción era el capital financiero. Por tal razón, el capitalista cumplía una función social y era halagado y recompensado, en lugar de ser puesto en la picota por causar las peores crisis financieras y económicas. ¡Cómo han cambiado los tiempos!

Bill McKibben señala a la máquina de vapor y a esa otra «máquina» —el crecimiento económico— como los dos descubrimientos más importantes del siglo XVIII. Sin duda, ambos han incrementado el bienestar para una parte considerable de la humanidad. La máquina del crecimiento económico creaba puestos de trabajo, evitaba recesiones y, durante todo el siglo XX, fue la omnipresente vara con la que medir el progreso. Esto último, a pesar del hecho de que su medida fundamental, el crecimiento del PIB, no considera muchos aspectos de la riqueza y el bienestar nacionales como las variaciones en la calidad de la salud, el alcance de la educación y los cambios en la calidad y cantidad de nuestros recursos naturales. Pese a ello, el crecimiento del PIB se ha convertido en el «mantra» que los gobernantes utilizan como referencia para analizar su actuación, gestionar sus economías y, claro está, buscar su reelección.

La historia del crecimiento económico de la posguerra ha sido la del desarrollo insostenible: insostenible para los ecosistemas del planeta, para la diversidad de sus especies y, sin duda, para la raza humana. De acuerdo a recientes parámetros de medición de la sostenibilidad, nuestra huella ecológica global se ha duplicado durante los pasados cuarenta años, hallándose actualmente un 30 por ciento por sobre la capacidad biológica del planeta de satisfacer nuestras necesidades, y el porcentaje tiende a subir. Basándonos solamente en las proyecciones del aumento de la población, para el año 2050 será necesario producir un 50 por ciento más de alimentos que en la actualidad para alimentar a la población del planeta.

Ya hoy, el 35 por ciento de la superficie terrestre se destina a la agricultura, lo que limita las futuras posibilidades productivas de los sistemas naturales. El sector de la ganade-

ría representa el principal uso humano del suelo del planeta, además de ser la mayor fuente de contaminación de las aguas. Las tierras de pastoreo equivalen al 26 por ciento de la superficie terráquea, mientras que los cultivos para alimentar a los animales ocupan cerca de un tercio de las tierras de labranza. El incremento de la producción agrícola tendrá consecuencias sobre la biodiversidad, además de ser ya un factor importante en el aumento de la deforestación: en los trópicos, la deforestación avanza a un ritmo de 12,5 millones de hectáreas al año; por tal razón, además de su enorme impacto sobre los ecosistemas y la biodiversidad, es responsable de una quinta parte de las emisiones antropogénicas de CO<sub>2</sub>. Sin que hasta ahora se haya implantado un régimen de «carbono verde» para controlar dichas emisiones, corremos el riesgo de perpetuar un polarizado régimen de «carbono marrón», que requiere conversiones extensivas de tierras de pastoreo, zonas agrícolas y bosques en áreas de cultivos bioenergéticos; y, en el proceso, emitir más CO<sub>2</sub> del ahorrado por pasarnos a los biocombustibles.

Cada vez hay una mayor percepción de que en algo nos hemos equivocado y de que, de forma muy radical, la sociedad humana necesitará cambiar para poder resolver cualquiera de las antedichas limitaciones a sus capacidades. Desde diversos ámbitos se está señalando a la actual crisis económica, ella misma resultado de crisis de combustibles, alimentarias y financieras, y a la paralela crisis de nuestros bienes comunes ecológicos y climáticos, sugiriendo que ambas tienen un mismo origen: nuestro fallido modelo económico. El desafío distributivo que plantea un crecimiento insostenible es particularmente difícil, pues los principales causantes de los problemas —los países ricos— no son quienes más padecerán las consecuencias, al menos a corto plazo. Por ejemplo, si el cambio climático provocase una sequía que redujese a la mitad los ingresos de los 28 millones de etíopes más pobres, tal cosa sería apenas perceptible en el PIB mundial; tan sólo descendería un 0,003 por ciento.

Los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) representan las ambiciones mundiales para acabar con la pobreza. La fecha para lograr tales objetivos era el año 2015, un límite alarmanteramente próximo como para imaginar un desenlace exitoso. Las tensiones sociales van en aumento como resultado de disparidades cada vez mayores en los niveles de vida, y debido también a que la pobreza tiene tanto que ver con la dignidad como con la alimentación, la ropa o la vivienda. Otro problema mayúsculo.

Pero tal vez no todo esté perdido. Abundan las evidencias que muestran que la consecución de los ODM supone unas prácticas ecológicas y una gestión considerablemente sensatas. Por ejemplo, la salvaguarda de las selvas tropicales en los países en desarrollo proporciona excepcionales oportunidades para vincular dos de los problemas más serios que amenazan al bienestar humano: la pobreza y el cambio climático. Además, trae consigo beneficios colaterales: alimentos, fibras, leña, agua dulce y nutrientes del suelo. Favorece el control de las sequías y amortigua los peligros naturales; que tenderán a aumentar con el cambio climático. Es este un ejemplo de la utilización del «capital natural» para resolver grandes problemas, una vía aun no explorada suficientemente debido a que la humanidad se ha desconectado espiritual y mentalmente del mundo natural. La sociedad humana necesita cambiar: su economía, su contabilidad, su tendencia implícita contra el capital natural (versus el capital de origen humano), contra la riqueza pública (versus la riqueza privada) y contra un consumo menor y más lógico (versus el frenesí del cada vez más). Y, quizá muy especialmente, la sociedad humana necesita reexaminar y cambiar su relación con la naturaleza a favor de una coexistencia armónica.

En este estimulante libro, Tim Jackson reconoce que la sociedad se enfrenta a un profundo dilema: el crecimiento económico es insostenible, pero el «decrecimiento» —o la contracción económica— es inestable. La «ruta de escape» ante tal dilema es intentar «desvincular» la actividad económica de sus impactos. Pero no hay ninguna evidencia de que esto esté sucediendo, y el consumo de los recursos mundiales continúa creciendo. Cumplir con los objetivos de reducción de emisiones requerirá disminuciones en la intensidad de carbono superiores en dos órdenes de magnitud a los hasta ahora conseguidos. Ante semejante desafío, el libro emprende una revisión crítica de la estructura económica y de la lógica social del consumismo. *Prosperidad sin crecimiento* propone una nueva ruta hacia el futuro, que permitiría a la humanidad sobrevivir y prosperar de acuerdo con los limitados recursos del planeta.

PAVAN SUKHDEV

*Director de la Iniciativa por la Economía Verde del PNUMA*

*Director de estudios de la iniciativa TEEB*

*(La economía de los ecosistemas y de la biodiversidad)*

